

RAPSODIAS

Ofertorio

En esas horas íntimas de gran recogimiento
cuando escuchamos hasta girar agonizante
en torno de la lámpara que alumbra vacilante,
como una mariposa, un vago pensamiento.

Cuando en la mano helada de una tristeza inmensa,
el corazón sentimos temblar, aprisionado,
como un latir medroso de pájaro asustado
y el alma está en la pluma, sobre el papel suspensa.

Cuando en el gran silencio nocturno se percibe
el hálito más tenue, el son más fugitivo,
y se penden en uno los cien ecos dispersos,

alguien dice a mi oído, con voz muy baja: ¡Escribe!...
Y yo, entonces, llorando y sin saberlo, escribo
esas cosas tan tristes que algunos llaman versos!

Las niñas grises

El sol apagaba sus rojos fulgores,
 tiñendo de rosas las cumbres lejanas,
 cuando por el parque cubierto de flores
 desfiló el cortejo de las hospicianas.

Iban, lentamente, baja la cabeza,
 con los ojos tímidos fijos en el suelo,
 como si pidiesen para su tristeza
 a la Tierra madre, ternura y consuelo.

Caminaban mudas, graves y ojerosas,
 en largas y grises hileras iguales;
 y sus rostros pálidos semejaban rosas,
 rosas amarillas de enfermos rosales.

Son aves de paso que cruzan la vida
 sin hallar un nido donde las esperen...
 Triste es su llegada, triste es su partida,
 y llorando nacen y llorando mueren!

En la noche nadie vigila su sueño.
 Sólo cuando cierran los ojos dolientes,

baja el melancólico Angel del Ensueño,
 separa sus rizos y besa sus frentes.

Viven en la sombra... ¡Pálidas violetas
 que en el negro fango del vicio crecieron!...
 No se alegran nunca... ¡Besemos, poetas,
 esos tristes labios que jamás rieron!

La amargura vela su mirada grave.
 Son cuerpos de niñas con almas de ancianas...
 Sigamos sus pasos con amor... ¿Quién sabe
 si son nuestras hijas o nuestras hermanas?...

El eco del Angelus resuena a lo lejos.
 Todas se arrodillan y rezan en coro,
 y del sol poniente los vagos reflejos
 envuelven sus sienes en nimbos de oro.

Mediodía

A MARIO RAPISARDI

Ciegos horizontes...
Humean los montes,
entre la colina
del sol. Una hoguera
de polvo es el llano...

El aire calcina...
En la carretera
el eje de un carro lejano
rechina...

Llanura desierta...
¡Pobre tierra muerta!...
Arido paisaje
sin sombras ni viento...

Sólo algún perdido
árbol retorcido

dobla su ramaje
seco y polvoriento...

Abrasa la planta
la fiebre del suelo.
Es de plomo el cielo...
La cigarra canta
su monotonía...

Bajo el sol ardiente
sueña el alma mía
—sola en el camino—
con el claro chorro del agua bullente
que salta espumosa
la fresca y umbrosa
presa del molino!...

Ciegos horizontes...
Humean los montes,
entre la calina
del sol. Una nube
de polvo es el llano...

El aire calcina...
En la carretera
el eje de un carro lejano
rechina.

Nieve

A FRANCESCO PASTOUCHI

Ni una brisa mueve
la yerta enramada...

La nieve
desciende callada
sobre la llanura...

Reina en la casita
—bajo la nevada—
la paz infinita
de una sepultura.

No turba la senda desierta
ni el vuelo de un ave...

Rechina una llave;
se entreabre una puerta;
y entre la neblina
gris de la mañana,

vibra la argentina
voz de una campana
lejana...

La nevada ciega...
Por aquel sendero,
temerosa llega
la visión que espero!

Y sobre el paisaje,
cubierto de bruma,
se pierde y se esfuma
lo blanco del traje.

Ni una brisa mueve
la yerta enramada.

La nieve
desciende callada
sobre la llanura...

Reina en la casita
—bajo la nevada—
la paz infinita
de una sepultura!

Samaritana

A EUGENIO DE CASTRO

¡Es tu amor tan lejano!... La blanca casa abierta
alegra la planicie desolada y desierta.

En las grises y áridas arenas del sendero
se hunden las polvorientas sandalias del viajero,

que, bajo un sol de plomo, camina torpemente,
soñando con la clara frescura de una fuente...

Las palmeras del pozo; la tarde; tu pequeño
jardín; todo aparece como a través de un sueño,

en el que tú, sentada al borde del camino,
ofreces, generosa, tu ánfora al peregrino

que apoyado en su báculo, lentamente camina,
en busca de los místicos lirios de Palestina.

Tu voz es un recuerdo...—Entrad, hombre piadoso,
entrad!... Bajo mi techo encontraréis reposo...

Con bálsamos de Arabia, con preciados urgüentos
yo curaré la herida de vuestros pies sangrientos...

Y de noche, desnudo el seno tembloroso,
ungida y perfumada como para un esposo,

entreabriendo la puerta os diré, pudorosa:
—¡Entra, amado! ¡Te espera en su lecho la esposa!—

¡Ya jamás volveremos a encontrarnos! Romero
de un ideal ignoto, marchó sin derrotero,

por esa laberíntica senda, larga y oscura,
de la que no se vuelve jamás... Una Locura

me lleva de la mano, y me canta al oído,
para dormir mis penas, la canción del Olvido...

Sólo recuerdo un nombre de lánguida armonía;
una mano que tiembla, febril, entre la mía;

y una carita rosa, que, a la luz de la aurora,
al verme de camino, en la ventana llora!

Ahora, lentos y graves, cruzarán los senderos
áridos, caravanas de otros nuevos romeros,

que mientras en los mares la luz del sol declina,
marchan, cantando salmos, hacia la Palestina.

Acaso tú, sentada al borde del sendero,
hilando los vellones de tu sueño postrero,

pienses en aquel pálido y extraño peregrino,
cuya larga silueta más que ninguna triste,

lentamente, a las luces de la mañana, viste
borrarse entre las nubes de polvo del camino!

La canción del regreso

A ABEL BOTELHO

La luz alborea...
Entre húmedas rosas
la casa blanquea...

Por sendas brumosas
se esfuman borrosas
siluetas.

Resuenan
confusos rumores
de voces lejanas...

Metálicas suenan
las claras campanas...

Entre nubes de polvo, desciende
un rebaño... Hiende
el espacio la alondra sonora.

Ladra un mastín, olfateando,
 los zarzales en flor del camino...
 Canta una voz tímida, y una niña llora
 entre el polvoroso frescor del molino...

¡Detente, viajero!
 ¡Sacude tus viejas sandalias gastadas
 en las piedras de tanto sendero
 y entre el polvo de tantas jornadas!...

Estás en tu valle!... Contempla, a lo lejos,
 de la aurora a los claros reflejos,
 humeando tu hogar entre flores...

¿No llega a tu oído
 en la brisa, un cantar conocido
 que te evoca remotos amores?

Al mirarte cruzar la llanura
 el labriego su paso detiene...
 Te saluda, y, muy quedo, murmura:
 —¡Qué delgado y qué pálido viene!—

La casa despierta...
 Abierta
 se ve la ventana...

Y entre los doseles
 de la enredadera,
 una mano de nieve, ligera,
 riega un tiesto de rojos claveles

Los ciegos

A MARIANO DE CÁVIA

Gime en los jardines
 que deshoja el viento,
 un largo lamento
 de tristes violines.

Eco de congojas
 que muere inconsciente,
 entre el vacilante
 temblor de las hojas.

Cruzan, tateando,
 los mendigos ciegos
 el parque, ensayando
 sus líricos ruegos.

Y las cuerdas viejas
 suspiran, imploran...
 Parece que lloran
 olvidadas quejas!

Los ciegos caminan
trabajosamente...

Tropiezan: inclinan
la pálida frente;
y se alejan lentos,
—los ojos clavados
en sus pensamientos—
por los encharcados
senderos, perdidos
en una quimera,
¡con el alma entera
puesta en los oídos!

Pasan los violines
su voz apagando,
y se van quedando
mudos los jardines...

A veces, un lento
suspiro de pena,
lejano resuena,
temblando en el viento...

Eco de congojas
que muere inconsciente
entre el vacilante
temblor de las hojas.

La abuela

A LUIGI CAPUANA

Bajo la cofia blanca, el rostro amarillento
de la anciana sonríe a un sueño color rosa,
mientras con mano torpe, pálida y temblorosa,
recuerda el clavicordio un canto soñoliento.

Como ahogados suspiros surgen de su garganta
de una canción antigua los ecos olvidados...
Y los niños, el índice en los labios, parados
en el dintel, murmuran:—¡Callad!... ¡La abuela canta!

—¡Oh, mi amor, mi esperanza! ¿En dónde estás? ¿En
[dónde?—
parece que solloza la música severa...
De pronto la voz muere en un eco suave...

Los niños se aproximan, la llaman... ¡No responde!...
¡Tiene el pálido rostro más blanco que la cera
que ardiendo se consume sobre la vieja clave!

Egloga

A POMPEO MOLMENTI

El chorro de la fuente
 borbotea en el ánfora
 de barro que se llena,
 mientras la virgen, pálida,
 su sien con mano tímida
 ciñe de rosas blancas.

El sol fulge en el chorro
 borboteante...

El ánfora
 lentamente, su trémulo
 ronco rumor apaga.

En aquel mediodía
 estival caminaba
 muerto de sed...

De pronto
 sentí correr el agua,
 y contemplé en la sombra
 tranquila de las palmas,
 la fuente, que al sol, era
 cantar vivo de plata!...

La virgen en su tímida
 cadera apoyó el ánfora,
 y la acercó a mis labios,
 nueva Samaritana...

Yo miré enrojecerse
 sus mejillas...

Temblaban
 las manos, y su seno,
 entre la tibia gasa
 de encaje, como un preso
 pájaro aleteaba...

La fuente

A ANGIOLO ORVIETO

Modula se queja
de cristal doliente
la fuente...

Una fuente vieja,
de piedra musgosa,
que entre la espesura
surge temblorosa,
ebria de frescura...

Habla el agua, gime,
ríe vacilante...
—Voz del agua, dime
tu canción errante!—

La fuente se queja;
llora, se estremece
de dolor... Parece
que hablando, se aleja!

¡Nombres olvidados
de viejos amores,
lejanos rumores
de besos callados!...

Todo eso que llora
fugaz e incoherente,
lo repite ahora
la voz de la fuente!...

Lo escucho en la queja
de cristal doliente
que gime la fuente...

Una fuente vieja,
de piedra musgosa,
que entre la espesura
surge temblorosa,
ebria de frescura!